

La amistad como práctica política.

La generosidad y la destrucción de los vínculos.

1. La amistad como lujo.

Hay una experiencia que se ha vuelto cada vez más rara: la amistad. No me refiero a los conocidos, contactos profesionales o seguidores en redes sociales; hablo de esos amigos con los que se puede contar, que te conocen y te aceptan, que están cuando los necesitas. Esa amistad, la de verdad, se ha convertido en un lujo. No porque no la deseemos, sino porque el sistema nos deja poco tiempo, energía y espacios para cultivarla.

La amistad requiere tiempo compartido, presencia, conversación sin prisa y silencios cómodos. Y todo eso escasea en una sociedad que nos quiere ocupados, productivos y disponibles. La jornada laboral interminable, la precariedad, la movilidad forzosa y las ciudades diseñadas para el consumo y no para el encuentro provocan que la amistad se haya convertido en algo que uno quisiera tener pero no puede permitirse.

Este ensayo no trata de la amistad como sentimiento, sino como práctica política. Analiza por qué el sistema la desincentiva, cómo la ostentación la destruye y qué papel puede jugar en la reconstrucción de una sociedad más habitable.

2. Lo que el sistema nos quita.

La amistad no es un lujo que se pueda comprar, es una relación que se construye con tiempo, presencia y reciprocidad. Y el sistema nos quita precisamente eso:

- El tiempo, porque la jornada laboral se ha alargado, la precariedad obliga a encadenar trabajos y la conciliación es una quimera.
- La presencia, porque la movilidad forzosa nos aleja de los nuestros, las ciudades nos dispersan y las pantallas nos aíslan.

- Y la reciprocidad, porque el sistema nos enseña a competir y acumular, en lugar de colaborar y compartir.

La amistad utiliza la economía de la generosidad: yo te doy, tú me das, sin medir ni contabilizar. Pero el sistema nos impone una economía del intercambio: yo te doy si tú me das, y si no, no hay trato.

3. La ostentación del consumo.

Hay un obstáculo más sutil y devastador para la amistad: la necesidad de presumir de lo que uno tiene, de exhibir estatus y de competir por quién tiene más o mejor. Esa actitud no es un rasgo individual, es un mandato social. El sistema nos educa para consumir y para mostrar lo que consumimos. El coche, la casa, el móvil, las vacaciones o la ropa; todo se convierte en un signo de estatus que hay que exhibir.

Esa exhibición se opone a la amistad por varias vías.

- La primera es la competencia. En lugar de compartir competimos, comparamos y medimos quién ayuda más o quién tiene más para ayudar. La amistad se destruye en una competición de estatus.
- La segunda es la superficialidad. Si la relación se basa en lo que tengo y no en lo que soy, se convierte en un intercambio de apariencias y deja de ser un vínculo de cuidado mutuo para formar parte de una red de contactos útiles.
- La tercera es la desigualdad. La exhibición crea jerarquías dentro de las relaciones. La amistad, que debería ser un espacio de igualdad, se transforma en un juego de poder y la ayuda mutua, que es la esencia de la amistad, se convierte en caridad o en deuda.

4. La amistad como generosidad recíproca.

En contra de la ostentación, la amistad construye una relación recíprocamente generosa. En ella no se mide quién da más, ni se contabiliza el tiempo, esfuerzo o dinero. La amistad verdadera no es un intercambio equilibrado, es una entrega mutua en la que nadie lleva las cuentas.

La generosidad recíproca no es una utopía, es lo que hacemos cuando ayudamos a un amigo que lo necesita, le escuchamos sin prisa o le acompañamos en un mal momento. No esperamos nada a cambio, ni llevamos la cuenta. Simplemente estamos.

5. La amistad como resistencia.

La amistad es un acto de rebeldía contra un sistema que nos quiere solos, compitiendo y consumiendo. Es la afirmación de que hay algo más importante que el rendimiento y el consumo, y la prueba de que la vida no se mide por lo que producimos, sino por lo que compartimos.

La amistad es también una forma de resistencia a la lógica mercantil aplicada a las relaciones humanas. Donde el sistema dice "presume", la amistad dice "comparte", donde el sistema dice "compite", la amistad dice "colabora", y donde el sistema dice "acumula", la amistad dice "reparte".

6. La amistad como práctica política.

Si la amistad es una forma de resistencia a la lógica mercantil, entonces también es una práctica política, porque es una vía para construir una comunidad no jerárquica ni vertical, una comunidad basada en la reciprocidad y el cuidado.

La amistad no sustituye a la política, pero la alimenta. Sin lazos de amistad, redes de confianza o espacios de cuidado mutuo, la política se convierte en una competición de intereses, en una guerra de todos contra todos.

La amistad es la base sobre la que se construye cualquier proyecto colectivo.

7. Recuperar el tiempo, los espacios y la generosidad.

No se trata de idealizar el pasado ni de inventar formas nuevas. De lo que se trata es de recuperar el tiempo y los espacios que el sistema nos ha quitado, y de desactivar cualquier tipo de ostentación.

- En el trabajo, se ha de reducir la jornada laboral, garantizar el derecho a la desconexión y flexibilizar los horarios para permitir la vida social.
- En la ciudad, se han de crear espacios públicos de encuentro, recuperar las plazas, los bares de barrio y los centros vecinales.
- En la cultura, se ha de desactivar la lógica del estatus y dejar de medir el valor de las personas por lo que tienen o por lo que muestran.
- Y en la educación, se ha de enseñar a cooperar, no solo a competir.

La amistad no es un adorno de la vida, es su condición. Sin amigos, la vida es más pobre y frágil. La amistad nos sostiene, nos cuida y nos ayuda a ser quienes somos.

La amistad ni se vende, ni se compra, ni se mide. Es una de las pocas relaciones que escapan a la lógica del mercado y por eso es tan valiosa y frágil. Recuperarla es una forma de resistir y vivir con dignidad.